



Universidad de Costa Rica  
Escuela de Estudios Generales  
Sección de Historia de la Cultura

# Para escribir la historia. Una invitación

Mauricio Menjívar Ochoa

27

Cuadernos  
de Historia  
de la Cultura



EDITORIAL  
UCR

Para escribir  
la historia.

Una  
invitación



EDITORIAL  
UCR

Ejemplar sin  
valor comercial



**Universidad de Costa Rica  
Escuela de Estudios Generales  
Sección de Historia de la Cultura**

Consejo editorial de Cuadernos de Historia de la Cultura

Dr. Mauricio Menjívar Ochoa (coordinador)  
Dra. Erika Gólcher Barguil  
M. Sc. Carolina Mora Chinchilla  
Dra. Carmen Fallas Santana  
Licda. Valeria Morales Rivera  
Magister William Elizondo Calderón  
M. Sc. Javier Agüero García

Universidad de Costa Rica  
Escuela de Estudios Generales  
Sección de Historia de la Cultura

# Para escribir la historia.

## Una invitación

Mauricio Menjívar Ochoa

# 27

Cuadernos  
de historia  
de la cultura

907  
M545p

Menjívar Ochoa, Mauricio

Para escribir la historia : una invitación / Mauricio Menjívar Ochoa. -1. ed.- [San José], C. R. : Edit. UCR, 2015.  
xv, 47 p. --(Cuadernos de historia de la cultura ; 27)

A la cabeza de la port. : Universidad de Costa Rica. Escuela de Estudios Generales. Sección de Historia de la Cultura

ISBN 978-9968-46-458-1

1. HISTORIA – ENSEÑANZA. 2. EDUCACIÓN SUPERIOR. 3. FILOSOFÍA DE LA HISTORIA. I. Título. II. Serie.

CIP/2756

CC/SIBDI. UCR

Ejemplar sin  
valor comercial

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Primera edición: 2015

La EUCR es miembro del Sistema de Editoriales Universitarias de Centroamérica (SEDUCA), perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Corrección filológica: *Mauricio Meléndez*. • Diseño y diagramación: *Daniela Hernández*.  
Diseño de portada: *Boris Valverde G.* • Revisión de pruebas: *Gabriela Fonseca*. • Control de calidad: *Boris Valverde G.*

© Editorial Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio, Costa Rica  
Apto. 11501-2060 • Tel: 2511-5310 • Fax: 2511-5257 • administración.siedin@ucr.ac.cr  
www.editorial.ucr.ac.cr

Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados.  
Hecho el depósito de ley.

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN. Fecha de aparición, marzo 2015.  
Universidad de Costa Rica. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio.

◆  
A los y las estudiantes  
con quienes he tenido el privilegio  
de disfrutar de la historia

A Emilio,  
quien escribe su propia historia

◆  
EDITORIAL  
UCR

Ejemplar sin  
valor comercial

#QuedateEnCasa



EDITORIAL  
UCR

Ejemplar sin  
valor comercial

♦ Preguntas de un obrero ante un libro ♦

*Tebas, la de las Siete Puertas, ¿quién la construyó?  
 En los libros figuran los nombres de los reyes.  
 ¿Arrastraron los reyes los grandes bloques de piedra?  
 Y Babilonia, destruida tantas veces,  
 ¿quién la volvió a construir otras tantas? ¿En qué casas  
 de la dorada Lima vivían los obreros que la construyeron?  
 La noche en que fue terminada la Muralla china,  
 ¿adónde fueron los albañiles? Roma la Grande  
 está llena de arcos de triunfo. ¿Quién los erigió?  
 ¿Sobre quiénes triunfaron los Césares? Bizancio, tan  
 cantada,  
 ¿tenía solo palacios para sus habitantes? Hasta en la fabulosa  
 Atlántida,*

*la noche en que el mar se la tragaba, los habitantes clamaban  
 pidiendo ayuda a sus esclavos.  
 El joven Alejandro conquistó la India.  
 ¿Él solo?  
 César venció a los galos.  
 ¿No llevaba consigo ni siquiera un cocinero?  
 Felipe II lloró al hundirse  
 su flota. ¿No lloró nadie más?  
 Federico II venció la Guerra de los Siete Años.*

*¿Quién la venció, además?*

*Una victoria en cada página.  
 ¿Quién cocinaba los banquetes de la victoria?  
 Un gran hombre cada diez años.  
 ¿Quién pagaba sus gastos?*

*Una pregunta para cada historia.*

**Bertolt Brecht**

De *Poemas y canciones*

#QuedateEnCasa



EDITORIAL  
UCR

Ejemplar sin  
valor comercial

◆ CONTENIDO ◆

PRÓLOGO.....	xiii
<b>◆ 1</b> Los significados del término “historia”.....	1
<b>◆ 2</b> Definiendo la historia: de cómo el tiempo y el ser humano están en el centro de su objeto de estudio.....	3
<b>◆ 3</b> ¿La historia es ciencia de los seres humanos? Sí, pero de seres humanos en sociedad.....	7
<b>◆ 4</b> Sociedades en movimiento: continuidad y cambio desde la perspectiva de la disciplina histórica.....	11
<b>◆ 5</b> La construcción de los hechos históricos es cosa de historiadores(as).....	13
<b>◆ 6</b> ¡Tras las huellas del pasado!.....	17
<b>◆ 7</b> Problemas, problemas y más problemas: con ellos construyen la historia los historiadores y las historiadoras.....	23
<b>◆ 8</b> De los conceptos y su papel en la interpretación de los acontecimientos.....	27

♦ 9	
<b>La obsesión por los orígenes</b> .....	31
♦ 10	
<b>¿Existe la objetividad y la imparcialidad en la historia?</b> .....	33
♦ 11	
<b>¿Y a mí qué con la historia? Todo. La historia se hace desde las preocupaciones del presente, de mi presente</b> .....	35
♦ 12	
<b>A manera de conclusión: de cómo para comprender el pasado es necesario comprender el presente (o del compromiso con nuestro presente)</b> .....	41
BIBLIOGRAFÍA .....	43
ACERCA DEL AUTOR .....	47

EDITORIAL  
UCR  
Ejemplar sin  
valor comercial

La historia es apasionante, no hay duda. Múltiples sensaciones satisfactorias pueden asistir a quien la estudia: la de sentirse un poco más completo como ser humano, por ejemplo, pues se tiene la sensación de que algo de nuestra historia personal ha sido revelado. Por muy lejos que en el tiempo o en el espacio los sucesos hayan ocurrido, algo revelan de mi pertenencia a la humanidad, algo que cobra sentido desde nuestro propio presente.

Sin embargo, para muchas de nosotras y muchos de nosotros, sumergirnos en la historia no siempre ha sido una tarea ni fácil ni agradable. Para quien escribe estas líneas, así como para otros de su generación, la historia aprendida en los estudios primarios y secundarios en ocasiones se presentó casi como una penitencia: debimos estudiar de memoria una interminable cantidad de fechas, así como la mayoría de mandatos presidenciales desde la vida independiente; y ni se diga de la obligación de recitar todo lo que cada uno de los jefes de Estado “realizó” en su período: constituciones, caminos, edificios, guerras, etcétera, etcétera, etcétera. La impresión que finalmente quedaba era que estos grandes hombres hacían, por sí mismos, la historia toda.

Esta historia lineal, distante de nuestras vidas cotidianas, llena de grandes figuras, símbolos patrios, fechas “históricas” y hechos “históricos” por memorizar, en ocasiones se presenta como veneno para nuestra pasión por una mejor comprensión. Además, dicha concepción nos esconde sus intenciones. En efecto, parte central de su razón de ser es contribuir a la formación, en nuestro propio interior, de una idea de la Nación y

de nuestra identidad dentro de ella, así como lograr una adherencia acrítica a los valores de los sectores dominantes.

Aún más, al presentársenos como una historia naturalizada –que parte del supuesto de que lo que se nos dice “realmente” fue así y solo así, y que no podría ser interpretado de otra manera– no nos deja ver que aquella es *solo una forma de entenderla*. En otras palabras, un modo de entender la historia-realidad y, en consecuencia, *solo una forma de hacer historia*, de desarrollar la disciplina o la ciencia que llamamos así. Es este segundo punto el que abordamos en el presente ensayo: comprender la lógica de la elaboración del discurso científico emprendido por las historiadoras y los historiadores. Esperamos que entender la disciplina desde dentro, como quien entra en el taller de quienes la escriben para conocer sus herramientas, contribuya a esclarecer las formas en que la hemos aprendido en virtud de la intervención de las escuelas y colegios, los periódicos y las cadenas de televisión, las familias y muchos de nuestros profesores.

Lejos de pretender un recuento exhaustivo sobre un tema que ha merecido una reflexión plasmada en millares de páginas de grandes especialistas, aquí solamente introducimos unos cuantos aspectos sobre los que algunos de los historiadores occidentales del siglo XX han discutido, y que ya son parte de la práctica de hacer historia. La intención: que las y los estudiantes de humanidades tengan una noción general e introductoria sobre la forma en que se hace esta ciencia.

Sobre todo, esperamos que esta sea una pequeña contribución para quitar el velo que oscurece nuestra posibilidad de entender dos aspectos básicos. Primero, que si bien la historia es una disciplina que toma tiempo cultivar, es posible comprender las bases con las que se fabrica. Significa tener herramientas para hacer una crítica más adecuada que la que elaboramos desde el sentido común y, damos por sentado, es la última palabra. Segundo, quisiéramos transmitir la idea de que la historia tiene todo que ver con nosotros y nosotras,

pues contribuye a explicar nuestra propia biografía en el marco del contexto social y del tiempo en que nos correspondió vivir. La historia tiene que ver todo con el presente, con nuestro presente. Así que comencemos.



#QuedateEnCasa



EDITORIAL  
UCR

Ejemplar sin  
valor comercial

## ◆ 1 ◆

## Los significados del término “historia”

¿Qué entendemos por historia? Para dar una respuesta a tal interrogante cabría comenzar diciendo que el significado del término historia no es unívoco en virtud de los diversos significados a él atribuido. Como señala el historiador inglés E. H. Carr (1987), existen dos significados de la palabra “historia”. Por una parte, la investigación desarrollada por el historiador y, por otra, la serie de acontecimientos del pasado que este investiga. En la perspectiva de otro importante historiador, el francés Pierre Vilar (1999), habría que distinguir entre “historia-conocimiento”, que es la explicación de los hechos del pasado, y la “historia-materia”, que se refiere al conjunto de los mecanismos de la sociedad sobre la que los historiadores investigan. En otras palabras, el término hace referencia tanto a la historia construida como a la historia vivida: la primera se refiere a la “realidad histórica”, mientras que la segunda es “el conocimiento que se tiene a través de la interpretación del historiador” (Sánchez, 2005: 10, siguiendo a Jacques Le Goff).

El historiador costarricense Juan Rafael Quesada Camacho (1989) –siguiendo a Charles Olivier Carbonell– nos brinda una serie de precisiones conceptuales sobre la palabra “historia” que resulta de gran utilidad para distinguir: 1) entre la historia vivida –para continuar con el concepto propuesto por Le Goff– como experiencia humana sobre la que no conocemos todos sus extremos; 2) la historia vivida, la que sí conocemos

en la medida que existe investigación sobre ella; 3) la disciplina o ciencia de la historia y, por último, 4) aquel conocimiento plasmado en libros, artículos y otros soportes, que constituye la “Historiografía”. En el siguiente recuadro recogemos la definición en las propias palabras de Quesada:

**Recuadro N.º 1**

JUAN RAFAEL QUESADA CAMACHO:

PRECISIONES CONCEPTUALES SOBRE LA PALABRA HISTORIA:

- *“Evolución de la humanidad” para designar la historia-realidad, es decir, la totalidad del pasado del hombre.*
- *“La historia” propiamente dicha para designar la “historia-conocimiento”, es decir, el pasado conocido.*
- *La ciencia histórica para llamar al “oficio del historiador”, su método y las etapas de la investigación.*
- *“Finalmente, la ‘Historiografía’ para denominar la ‘producción histórica’, o sea el conjunto de las obras históricas” (Quesada, 1989: 267).*

UCR  
Ejemplar sin  
valor comercial

## ◆ 2 ◆

## Definiendo la historia: de cómo el tiempo y el ser humano están en el centro de su objeto de estudio



Hechas tales aclaraciones, es necesario profundizar en las definiciones que distintos historiadores han propuesto sobre la ciencia o disciplina histórica y en cuál es su objeto de estudio. Marc Bloch, historiador francés de origen judío que durante la Segunda Guerra Mundial participó en la resistencia francesa y murió asesinado por la Gestapo (Iggers, 1995), propone que la historia tenía en el centro a los seres humanos (al “hombre”, dice él para referirse a los seres humanos, hombres y mujeres incluidos):

*El objeto de la historia es esencialmente el hombre. Mejor dicho: los hombres (...). Detrás de los rasgos sensibles del paisaje, de las herramientas o de las máquinas, detrás de los escritos aparentemente más fríos y de las instituciones aparentemente más distanciadas de los que las han creado, la historia quiere aprehender a los hombres (Bloch, 1952: 25).*

Todas las creaciones humanas –las máquinas, herramientas, instituciones, etc.– son susceptibles de ser investigadas por el estudio histórico. Su colega y amigo, Lucien Febvre, con quien fundó en el primer tercio del siglo XX una nueva forma de entender la disciplina histórica –la influyente escuela de los *Annales*–, nos aporta otro elemento significativo, y este es el

estudio del pasado de los seres humanos, aquellos que ya no están y a los que la ciencia histórica debe “volver a encontrar”:

“La historia es la ciencia del hombre, ciencia del pasado humano. Y no la ciencia de las cosas o de los conceptos (...). La historia es ciencia del hombre; y también *de los hechos*, sí. Pero de los hechos humanos. Y la tarea del historiador: volver a encontrar a los hombres que han vivido los hechos” (Febvre, 1974: 29, cursivas en el original).

“Ciencia de los hombres”, dice Bloch, –y de las mujeres, agregaríamos– pero “de los hombres en el tiempo (...). El historiador piensa no solo lo ‘humano’. La atmósfera en que su pensamiento respira naturalmente es la categoría de **la duración**” (Bloch, 1952: 26, el énfasis es nuestro).

Para Febvre (1974), como para Bloch (1952), los historiadores debían estudiar científicamente las más diversas actividades y creaciones humanas “de los hombres de otros tiempos, captadas en su fecha, en el marco de sociedades extremadamente variadas” (Febvre, 1974: 40), pero sobre las que se podían realizar comparaciones. La ciencia histórica debía abocarse a estudiar todas esas “actividades que cubrieron la superficie de la tierra y la sucesión de las edades” (Febvre, 1974: 40).

Así como las actividades y las creaciones humanas eran elementos centrales para Febvre y Bloch, la “experiencia” se constituyó en una categoría básica de conocimiento histórico para Edward Palmer Thompson, historiador marxista británico que militó con el Partido Comunista británico hasta que la Unión Soviética invadió Hungría en 1956 (Kaye, 1989: xiii). Para este consecuente pensador de izquierda y renovador del marxismo, la categoría de experiencia:

*(...) es indispensable para el historiador, ya que incluye la respuesta mental y emocional, ya sea de un individuo o de un grupo social, a una pluralidad de acontecimientos relacionados entre sí o a muchas repeticiones del mismo tipo de acontecimiento* (Thompson, 1981: 19).

La categoría cobra interés para la ciencia histórica en virtud de la diversidad de la experiencia humana: “la experiencia penetra sin llamar a la puerta, anunciando muertes, crisis de subsistencias, guerras de trincheras, paro, inflación, genocidio” (Thompson, 1981: 21). No obstante, la experiencia, aclaró Thompson (1981), resulta válida y efectiva dentro de ciertos límites, pues “el campesino ‘conoce’ sus estaciones, el marinero ‘conoce’ sus mares, pero ambos pueden estar engañados en temas como la monarquía y la cosmología” (19).

Para Carr, por otra parte, en la definición de la historia cobra particular importancia la figura del historiador en el proceso de pensar los hechos del pasado desde su presente. Como él mismo anota: “Mi primera contestación a la pregunta de qué es la historia, será pues la siguiente: un proceso continuo de interacción entre el historiador y sus hechos, un diálogo sin fin entre el presente y el pasado” (Carr, 1987: 76).

Para el autor, los hechos, sin el historiador, no tienen sentido, mientras que el historiador, sin los hechos, carece de raíces. De ahí que “el historiador y los hechos de la historia son mutuamente necesarios” (Carr, 1987: 76).

Habría que finalizar este apartado anotando que no todas las definiciones de historia comparten la misma idea sobre el carácter del pasado. El historiador francés Antoine Prost (2001) considera que “no podemos definir la historia como el conocimiento del pasado (...), puesto que el carácter *pasado* no basta para definir un hecho o un objeto de conocimiento” (79). En su argumentación no existe una naturaleza específica y diferenciada entre los hechos del pasado y del presente, pues, según considera, “todos los hechos *pasados* fueron antes hechos *presentes*: entre unos y otros no existe ninguna diferencia [en este sentido]” (Prost, 2001: 79, cursivas en el original). Para explicar su argumento señala que, por ejemplo, no existen hechos *históricos* de la misma manera en que hay hechos *químicos*. Lo único que da el carácter histórico a un hecho es que “ha dejado de existir” y que, por lo tanto,

“ya no se puede observar directamente” (Prost, 2001: 80, citando a Seignobos).

Una noción similar sobre el tiempo fue planteada por Bloch, quien sostiene que era impropio decir que “la historia es la ciencia del pasado”; recordemos que su amigo y colega L. Febvre (1974) sí consideraba que “la historia es la ciencia del hombre, ciencia del pasado humano”. Afirmaba que es “absurda la idea de que el pasado, considerado como tal, pueda ser objeto de la ciencia” (Bloch, 1954: 29), pues no podía ser “objeto de un conocimiento racional, sin una delimitación previa, una serie de fenómenos que no tienen otro carácter común que el no ser nuestros contemporáneos” (Bloch, 1952: 22). En otras palabras, el pasado no posee un carácter distinto que el del presente.

Ahora bien, en estas definiciones hay varios elementos centrales que conviene abordar a continuación: ¿cómo entender al “hombre” sobre el cual se hace “ciencia histórica”? Por otra parte, Febvre (1974) nos dice que la historia “es ciencia del hombre; y también de los hechos” (29), pero, ¿a qué hechos se refiere?, ¿cómo entender la categoría “hecho”? Por último, ¿cómo entender el tiempo en la historia? Vamos a la cuestión del “hombre”, del ser humano.

Ejemplar sin  
valor comercial

## ◆ 3 ◆

## ¿La historia es ciencia de los seres humanos? Sí, pero de seres humanos en sociedad



Las nuevas formas de hacer ciencia histórica entablaron un fuerte debate con las tendencias dominantes heredadas del siglo XIX. Es en dicho siglo, llamado “el siglo de la historia”, que la disciplina “alcanza una verdadera profesionalización al proveerse de un método con sus reglas [y] sus ritos” (Dosse, 2003: 29). El acuerdo de la comunidad científica europea del siglo XIX sobre lo que debía ser la ciencia histórica se desarrolló en el marco de las universidades como centros de investigación y enseñanza. La nascente disciplina, en estos espacios desarrollada, “refleja también el ambiente político y cultural en el que nace” (Iggers, 1995: 25): un moderno orden social en el que la burguesía ha cobrado ya gran relevancia. En este nuevo contexto, nace el historicismo, corriente que busca “diferenciar la historia, hecha por los hombres, de la naturaleza, que los hombres no hacen” (Iggers, 1995: 25).

Bajo la influencia del historicismo, todavía a comienzos del siglo XX, podía “sentenciarse que ‘la historia es la biografía de los grandes hombres’” (Carr, 1987: 93). Nos resulta imposible no pensar que esto se parece mucho a la forma en que, al menos hasta hace poco, la historia era enseñada en nuestro contexto escolar: esta era, mayoritariamente, la historia de los

presidentes y de las grandes figuras. Carr (1987) diría que “la tendencia a proclamar al genio individual como fuerza creadora de la historia es característica de las fases primitivas de la conciencia histórica” (93).

Hacia finales del siglo XIX, algunos autores como E. Bernheim y Karl Lamprecht comenzaron a cuestionar, entre otros aspectos, el hecho de que la ciencia histórica tuviera como uno de sus principios la narración referida únicamente a las personas (Dosse, 2003; Huizinga, 1946). Pero los cambios más importantes que renovarían la disciplina histórica vendrán con corrientes como la de los *Annales* fundada por Bloch y Febvre.

Febvre (1974) señaló que la historia se ocupa de hombres y mujeres “comprendidos en el marco de las sociedades de que son miembros” (40-41). Las diversas actividades y preocupaciones de estos concluyen en “compromisos” que se establecen entre ellos. La idea de “compromisos” nos sugiere las relaciones sociales de las cuales son parte, en las que están aprisionados sin remedio, más allá que su existencia individual.

“¿Que es objeto de la investigación del historiador [se pregunta Carr], el comportamiento de los individuos o la acción de las fuerzas sociales?” (Carr, 1987: 92). Su respuesta es que los actos de mujeres y hombres que estudian el historiador y la historiadora “no fueron [los de] individuos aislados que obraban en el vacío: actuaron en el contexto, y bajo el impulso, de una sociedad pretérita” (Carr, 1987: 81-82). “Bajo el impulso de la sociedad” significa influenciada, condicionada, y en ocasiones determinada, por el conjunto social. “La historia también hace a los hombres y modela su destino” (Braudel, 1970: 26-27).

Historia de “determinadas unidades de personas que viven juntas”, “de ciertas sociedades y sus posibles relaciones”, nos dice el historiador marxista británico Eric Hobsbawm (1983: 31). De esta manera, la palabra “historia” sirve para nombrar “el proceso de la investigación en el pasado del hombre en sociedad” (Carr, 1987: 81 y 97), y todas las formas de la vida

colectiva, como las economías, las instituciones y las arquitecturas sociales, dice el francés Fernand Braudel (1970: 29).

La tentación de definir la historia como el producto de acciones individuales, sin duda tiene implicaciones políticas. Es más fácil y conveniente “ver en las dos Guerras Mundiales el resultado de la perversidad individual de Guillermo II y de Hitler que la consecuencia de algún hundimiento profundo del sistema de relaciones internacionales”, se podría señalar siguiendo a Carr (1987: 95), o una guerra imperialista de los países capitalistas por el control de recursos, podría decirse siguiendo a Eric Hobsbawm. La explicación brindada por este último se aprecia en el recuadro N.º 2 que se presenta a continuación. Las posiciones de aquellos países respondieron a la relación de fuerzas que favoreció a los grupos capitalistas interesados en la expansión de sus intereses. Los individuos que en ella participaron, lo hicieron como expresión de dichos intereses colectivos:

#### **Recuadro N.º 2**

ERIC HOBSBAWM. LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL:  
UNA GUERRA EN LA ERA DEL IMPERIALISMO

*La razón es que, a diferencia de otras guerras anteriores, impulsadas por motivos limitados y concretos, la primera guerra mundial perseguía objetivos ilimitados. En la era imperialista, se había producido la fusión de la política y la economía. La rivalidad política internacional se establecía en función del crecimiento y la competitividad de la economía, pero el rasgo característico era precisamente que no tenía límites (...). De manera más concreta, para los dos beligerantes principales, Alemania y Gran Bretaña, el límite tenía que ser el cielo, pues Alemania aspiraba a alcanzar una posición política y marítima mundial como la que ostentaba Gran Bretaña, lo cual automáticamente relegaría a un plano inferior a una Gran Bretaña que ya había iniciado el declive. Era el todo o nada. En cuanto a Francia, en ese momento, y también más adelante, sus aspiraciones tenían un carácter menos*

*Continúa en la siguiente página...*

*general pero igualmente urgente: compensar su creciente, y al parecer inevitable, inferioridad demográfica y económica con respecto a Alemania* (Hobsbawm, 1998: 37-38).

De esta manera, y en suma, son tres los rasgos que caracterizan al objeto de estudio de la historia: es humano, es colectivo – nunca un individuo solitario–, y representativo “de la mayoría o, al menos, que haya tenido una influencia verificable sobre la vida y el destino de los otros” (Prost, 2001: 155).

Además de lo señalado en las nuevas corrientes de la ciencia histórica, otro cambio significativo se produjo en su manera de entender al objeto de estudio de la historia: se dio cabida a las personas comunes en su vida cotidiana, a los sectores más desfavorecidos, a las clases trabajadoras, a las mujeres, entre muchos otros sujetos enfocados desde múltiples perspectivas. Ya no solo se hizo historia sobre el sujeto privilegiado de la historia positivista del siglo XIX –la minoría en el poder, aquellos que estaban “arriba”–, sino sobre los que muchos dieron a llamar los de “abajo” (Sánchez, 2005: 13-14; Kaye, 1989: xii). La transformación del objeto de estudio de la historia es una constante que depende del tiempo en el que viven las historiadoras y los historiadores, de su concepción de historia, de sus intereses, así como de su pertenencia a poblaciones y a grupos sociales específicos.

## ◆ 4 ◆

## Sociedades en movimiento: continuidad y cambio desde la perspectiva de la disciplina histórica

Algunas cosas más deben ser dichas sobre las sociedades humanas que constituyen el objeto de estudio de la historia, y esto es que están marcadas por el cambio, por el movimiento. De ahí que Pierre Vilar señala que el objeto de estudio de la ciencia histórica “es la *dinámica de las sociedades humanas*” (Vilar, 1999: 43, cursivas en el original). Dicho por Lucien Febvre, la historia es “ciencia del perpetuo cambio de las sociedades humanas, de su perpetuo y necesario reajuste a nuevas condiciones de existencia material, política, moral, religiosa, intelectual” (Febvre, 1974: 56).

Siendo el tiempo cronológico una de las dimensiones de la historia de la sociedad, Eric Hobsbawm afirma, en la misma línea, que el interés de la ciencia histórica radica en comprender las estructuras en sus dimensiones de cambio, en sus pautas de transformación. Pero también propuso que debían comprenderse en sus mecanismos de continuidad (Hobsbawm, 1983). En este sentido, nuestro autor sostiene que Carlos Marx insistió “en la existencia tanto de la estructura social como de su historicidad, o en otras palabras, en su dinámica interna de cambio” (Hobsbawm, 1983: 90).

Otros, como Fernand Braudel (1970: 29-30, 64-65), han enfocado el problema del tiempo en la explicación histórica, y con él la cuestión del cambio, señalando que no existe un solo tiempo social “sino un tiempo social susceptible de mil velocidades, de mil lentitudes”. De esta manera, no solo existe el “acontecimiento” inscrito en el “tiempo breve” de la historia tradicional y del cronista. Tampoco existe únicamente el tiempo de la coyuntura, medido en períodos de decenas, veintenas o cincuentenas de años. Propone, más bien, que hay una “realidad de la historia particularmente lenta de las civilizaciones”. Todavía más. Sostiene que existe una realidad “más lenta aún” que dicha historia de las civilizaciones, una realidad que es “casi inmóvil”. Puesto en palabras de Pierre Vilar: “El historiador habrá de distinguir muy pronto entre los hechos de evolución muy lenta (estructuras geográficas, mentalidades religiosas, grupos lingüísticos), los ritmos espontáneos (‘ciclos’ coyunturales de la economía) y los simples acontecimientos, cuya importancia deberá valorar” (Vilar, 1999: 44).

La idea de un tiempo de múltiples velocidades rompe con la concepción tradicional del siglo XIX de una “historia-período”, concepción que descansa en la idea de una historia centrada en el estudio de regímenes políticos que van sucediendo en etapas determinadas (Prost, 2001).

Estos cambios significativos nos hablan de la historicidad de la ciencia histórica, lo cual se traduce en que cada época conlleva el abordaje de nuevos problemas por resolver, de nuevas preguntas por contestar.

## ◆ 5 ◆

## La construcción de los hechos históricos es cosa de historiadores(as)

“Plantear un problema es (...) el comienzo y el final de toda historia. Sin problema no hay historia”, sentenció Febvre (1974: 42) en su polémica con el historicismo clásico. Su crítica al alemán Leopold von Ranke, uno de los más destacados historiadores decimonónicos y principal exponente de esta tendencia, se dirigió, entre otros aspectos, a la pretensión de registrar los hechos tal y como habían sucedido (Febvre, 1974). En este sentido señaló: “Hay que desterrar de una vez para siempre el ingenuo realismo de un Ranke imaginándose que podría conocer los hechos en sí mismos ‘como han ocurrido’” (Febvre, 1974: 89).

Para quienes nos formamos en la historia tradicional de ciertas escuelas primarias y secundarias, la de Febvre es una posición francamente desconcertante. Pues, pensamos, como Ranke, que a la disciplina histórica lo que le corresponde es un ordenamiento de “datos históricos” tal y como fueron pasando, acomodándolos en orden de sucesión.

Sin embargo, resulta que el “dato” que suponemos arroja la historia es, en realidad, ¡un dato construido por las historiadoras y los historiadores! En esta línea, continuemos con Febvre (1974), “el historiador no trabaja con hechos dotados de una existencia real. Es el historiador quien da luz a los hechos

históricos” (43-44). Eso significaría sostener que “todo hecho científico es ‘inventado’ y no siempre dado al sabio (...). Que la observación no proporciona en ningún caso datos sin más. Que la observación es una construcción” (Febvre, 1974: 88). La construcción del hecho histórico, y no la presentación de un cúmulo de datos, será un aporte fundamental de la Escuela de los *Annales* –y también del marxismo– al otorgarle a la Historia un papel central en la interpretación y en la comprensión del pasado (Malavassi, 2006: xi).

Ahora bien, ¿cuál es el fundamento para la construcción de los hechos? Las tendencias de la nueva historia en el siglo XX coinciden en que el planteamiento de problemas es la respuesta, pues “elaborar un hecho es construir. Es dar solución a un problema (...) si no hay problema no hay nada” (Febvre, 1974: 23). Y plantearse un problema de investigación, una pregunta a contestar, supone disponer de una teoría que haga hablar a esos hechos, que los explique, pues, como señala E. P. Thompson (1981): “El que los hechos estén ahí (...) no supone, naturalmente, que estos hechos revelen sus significados y sus relaciones por sí mismos, e independientemente de todo tratamiento teórico” (51).

Partir de la idea de que se podría conocer los hechos en sí mismos, “como han ocurrido”, puede llevar a pensar que la historia está encargada de “hacer revivir el pasado”. Sin embargo, su objetivo no es ese, “sino comprenderlo”. Y comprender significa someter “un momento y una sociedad a un análisis de tipo científico”, sostiene P. Vilar (1999: 22). Implica establecer, al menos, un “orden aproximado de prioridades de investigación y una hipótesis de trabajo sobre lo que constituye la relación central o el complejo de ligas de nuestro trabajo”, señala E. Hobsbawm (1983: 32).

Es oportuna la observación realizada por E. P. Thompson cuando sostiene que, aunque el “hecho” es una construcción que se elabora en el proceso de interrogación, no es posible negar la existencia de la realidad de los datos empíricos con

los que el historiador lo construye. Conviene citar a nuestro autor en extenso:

*Un historiador en su práctica como tal, es inducido a hacer una suposición provisional de carácter epistemológico: que los datos empíricos que maneja tienen una existencia “real” (determinante) (...), que estos datos empíricos dan testimonio de un proceso histórico real; y que este proceso (...) constituye el objeto del conocimiento histórico (Thompson, 1981: 51).*

Podemos encontrar un ejemplo de la construcción teóricamente fundamentada de hechos que “constituyen la materia histórica” en la clasificación que realiza P. Vilar que presentamos en el recuadro N.º 3. Nótese la importancia que otorga a la duración dependiendo del tipo de hecho propuesto:

### **Recuadro N.º 3**

PIERRE VILAR: TIPOS DE HECHOS  
QUE CONSTITUYEN LA MATERIA HISTÓRICA

*El objeto de la ciencia histórica es la dinámica de las sociedades humanas. La materia histórica la constituyen los tipos de hechos que es necesario estudiar para dominar científicamente este objeto.*

*Clasifiquémoslos rápidamente:*

1. *Los hechos de masas: masas de los hombres (demografía), masas de los bienes (economía), masa de los pensamientos y de las creencias (fenómenos de “mentalidades”, lentos y pesados; fenómenos de “opinión”, más fugaces).*
2. *Los hechos institucionales, más superficiales pero más rígidos, que tienden a fijar las relaciones humanas dentro de los marcos existentes: derecho civil, constituciones políticas (...), etc.; hechos importantes pero no eternos, sometidos al desgaste y al ataque de las contradicciones sociales internas.*
3. *Los acontecimientos: aparición y desaparición de personajes, de grupos (económicos, políticos), que toman medidas, decisiones,*

*Continúa en la siguiente página...*

*desencadenan acciones, movimientos de opinión, que ocasionan "hechos" precisos: modificaciones de los gobiernos, la diplomacia, cambios pacíficos o violentos, profundos o superficiales.*

*Pero no se trata de un simple relato o de una mera descripción de acontecimientos o de instituciones, sino de plantear cuestiones y resolver problemas: "cuándo, por qué, cómo, en qué medida (...)" (Vilar, 1999: 43).*

Lo dicho hasta ahora nos lleva a profundizar sobre dos elementos: primero, sobre el papel de las preguntas –es decir, de los problemas de investigación– en la disciplina de la historia y, segundo, sobre el tipo de datos que podemos encontrar y sobre sus fuentes. Empecemos con la segunda cuestión.

EDITORIAL  
UCR  
Ejemplar sin  
valor comercial

## ◆ 6 ◆

**¡Tras las huellas  
del pasado!**

Como plantea Bloch (1952), “la imposibilidad absoluta de comprobar por sí mismo los hechos que estudia” (42) representa un reto particular para las historiadoras y los historiadores: el de tener que recurrir a testimonios para seguir las huellas de tales hechos. En este sentido, para este autor, “la primera característica del conocimiento de los hechos humanos del pasado, y de la mayor parte de los del presente, consiste en ser un conocimiento por huellas” (Bloch, 1952: 47). Esto contrastaría, según nuestro autor, con el conocimiento del presente y haría del conocimiento del pasado un conocimiento “indirecto” (Bloch, 1952: 42). Un documento es una huella, una marca que ha dejado un fenómeno, señala Bloch.

Una situación aparte para las historiadoras y los historiadores es el estudio de fenómenos pertenecientes al presente o al pasado inmediato. Esto debido a que, aun cuando el historiador se encuentra incapacitado “para forzar su repetición o para invertir a su voluntad el desarrollo, no se encuentra igualmente desarmado frente a sus huellas”. Mediante el informe de los testigos, bien podría hacer que “algunas de ellas vuelvan a existir” (Bloch, 1952: 48).

Las nuevas formas de hacer historia inaugurada por los *Anales* también trajeron una ruptura en cuanto al tipo de fuentes que podían ser utilizadas por la disciplina. Para Ranke, la

rigurosa exposición del hecho significaba basar las afirmaciones en “un análisis crítico de testimonios oculares o documentales de la época” (Iggers, 1995: 27), los cuales debían ser fiables. Esto restringía enormemente los tipos de fuentes que también eran susceptibles de análisis histórico. Febvre hace contra este tipo de proceder una férrea defensa, pues, para él, como para los historiadores que vendrán, “la historia se edifica, sin exclusión, con todo lo que el ingenio de los hombres pueda inventar y combinar para suplir el silencio de los textos, los estragos del olvido” (Febvre, 1974: 30). Hay que usar todo tipo de fuentes y no solamente los documentos de archivo. También los poemas, los cuadros, los dramas. Todos ellos representan para las historiadoras y los historiadores “testimonios de una historia viva y humana, saturados de pensamiento y de acción en potencia” (Febvre, 1974: 31).

Un fabuloso ejemplo de la manera en que pueden ser usadas las fuentes, nos lo brinda el historiador estadounidense Robert Darnton. El autor analiza los significados de los cuentos relatados en la Francia del antiguo régimen, es decir, aquella dominada por la monarquía, previa a la Revolución francesa. A él le interesa comprender lo que para los narradores y su público pudieron significar dichos cuentos. Uno de los relatos abordados es el de la caperucita roja, que para nuestro contexto cultural tiene otros simbolismos. Veamos el texto que se relataba en las noches de invierno en la Francia del siglo XVIII:

**Recuadro N.º 4**

ROBERT DARNTON: LOS CAMPESINOS CUENTAN CUENTOS

*Había una vez una niñita a la que su madre le dijo que llevara pan y leche a su abuela. Mientras la niña caminaba por el bosque, un lobo se le acercó y le preguntó adónde se dirigía.*

*—A la casa de mi abuela —le contestó.*

*—¿Qué camino vas a tomar, el camino de las agujas o el de los alfileres?*

*Continúa en la siguiente página...*

—El camino de las agujas.

*El lobo tomó el camino de los alfileres y llegó primero a la casa. Mató a la abuela, puso su sangre en una botella y partió su carne en rebanadas sobre un platón. Después se vistió con el camisón de la abuela y esperó acostada en la cama.*

*La niña tocó la puerta.*

—Entra, hijita.

—¿Cómo estás, abuelita? Te traje pan y leche.

—Come tú también, hijita. Hay carne y vino en la alacena.

*La pequeña niña comió así lo que se le ofrecía; y mientras lo hacía, un gatito dijo:*

—¡Cochina! ¡Has comido la carne y has bebido la sangre de tu abuela!

*Después el lobo le dijo:*

—Desvístete y métete en la cama conmigo.

—¿Dónde pongo mi delantal?

—Tíralo al fuego; nunca más lo necesitarás.

*Cada vez que se quitaba una prenda (el corpiño, la falda, las enaguas y las medias), la niña hacía la misma pregunta; y cada vez el lobo le contestaba:*

—Tírala al fuego; nunca más la necesitarás.

*Cuando la niña se metió en la cama, preguntó:*

—Abuela, ¿por qué esos hombros tan grandes?

—Para poder cargar mejor la leña, hijita.

—Abuela, ¿por qué tienes esos dientes tan grandes?

—Para comerte mejor, hijita.

*Y el lobo se la comió.*

(Cuento francés del siglo XVIII, Darnton, 1987: 15-16).

Para Darnton (1987), los cuentos son parte de las huellas – para usar el concepto de Bloch– que nos deja esa sociedad y que permiten al historiador comprender su mundo: “(...) los

cuentos les decían a los campesinos cómo era el mundo, y ellos ofrecían una estrategia para hacerle frente. Sin sermones ni moralejas, los cuentos franceses muestran que el mundo es cruel y peligroso” (61).

Estas narraciones comunican rasgos, valores, actitudes y una manera de interpretar el mundo. En la Francia del siglo XVIII, “resulta bueno ser malo”, y esto se filtraba de la vida de los campesinos a la vida cotidiana de todos (Darnton, 1987: 72-73).

Los datos con los que trabajan las historiadoras y los historiadores pueden ser intencionales o no intencionales. Los intencionales, por lo general, son fuentes narrativas, relatos que han sido dedicados, de manera deliberada, a la información de los lectores (Bloch, 1952). Pero la mayoría de los datos históricos deben su sobrevivencia a motivos por completo ajenos a “cualquier intención de los actores de proyectar una imagen de sí mismos a la posteridad” (Thompson, 1981: 49), como por ejemplo las leyes, las creencias, las prácticas religiosas, etc. . Ciertamente ello sucede con los cuentos analizados por Darnton. Son testimonios de testigos “sin saberlo”, y grandes partes de la historia han sido reconstruidas por esta vía. Como señala Bloch (1952), los “indicios” que “deja caer el pasado a lo largo de su ruta” (52) han permitido suplir la carencia de las fuentes intencionales o contrastarlas cuando su veracidad causa sospecha.

No obstante, visto en la expresiva escritura de Bloch (1952) “los exploradores del pasado no son hombres totalmente libres. El pasado es su tirano, y les prohíbe que sepan de él lo que él mismo no les entrega” (50). De ahí que las circunstancias que rodean la existencia –o la desaparición– de las fuentes, hacen que toda historia hecha por los historiadores sea una elección, sostiene Febvre (1974), y “lo es porque existe el azar que aquí destruyó y allá salvaguardó los vestigios del pasado” (20). Es elección, además, porque quien se dedica a la historia crea y recrea sus materiales, los selecciona, privilegia unos sobre otros.

Buscar los hechos no es conducirse por el pasado azarosamente, diría Febvre (1974), sino trabajar con “un proyecto preciso en la mente, un problema a resolver, una hipótesis de trabajo a verificar” (22). Pero la existencia o no de fuentes es parte del proceso de selección de un tema que nos plantea un asunto de no poca relevancia y que debemos evaluar al momento de pensar embarcarnos en esta travesía (Acuña, 2007: 18).

Igualmente esencial es evitar lo que Carr (1987) denomina “concepción de sentido común de la historia” (52), que consiste en la idea de que el historiador encuentra los hechos en los documentos o cualquier otro tipo de fuente, pues “no brindan por sí solos ninguna respuesta definitiva a la fatigosa pregunta de qué es la Historia” (63-64). Algunos documentos no necesariamente nos dicen lo que ocurrió, sino lo que los actores creyeron que había ocurrido o lo que deseaban que pensarán los demás. ¿Qué criterio separa los hechos históricos de otros datos acerca del pasado?, ¿qué es un hecho histórico?, se pregunta nuestro autor. La respuesta es que su condición de hecho histórico dependerá de la interpretación (Carr, 1987).

Lo dicho nos lleva a la siguiente cuestión: la forma de hacer ciencia histórica en nuestro tiempo no parte de la mera reconstrucción de los hechos, ni mucho menos, del intento de “revivir una realidad” (Vilar, 1999: 22). Todo lo contrario, parte de la necesidad de plantearse problemas de investigación.

#QuedateEnCasa



EDITORIAL  
UCR

Ejemplar sin  
valor comercial

## ◆ 7 ◆

## Problemas, problemas y más problemas: con ellos construyen la historia los historiadores y las historiadoras

“Sin hechos no hay historia, como no la hay sin preguntas” (Prost, 2001: 90). Una historia que plantea preguntas, que rechaza una mera narración de acontecimientos, es el signo de la nueva historia que se edifica en el siglo XX. Porque es a partir de las preguntas que se construye el objeto histórico; ni a partir de su objeto (los seres humanos en sociedad), ni a partir de sus documentos (sean archivos, testigos, etc.), sostiene A. Prost. Las preguntas son las que permiten un “recorte original del universo ilimitado de los hechos y de los documentos posibles” (Prost, 2001: 90), son las que permiten construir los hechos y hacerse una idea de las fuentes que permitirán resolverlas.

En este sentido, como señalamos en el apartado anterior, los datos suelen ser analizados con una perspectiva y unas razones que son independientes de los propósitos de los actores (Thompson, 1981). A partir de ellos, son las historiadoras y los historiadores quienes deciden interrogar las fuentes. Sobre este asunto, veamos un argumento de Thompson que recogemos en el siguiente recuadro:

**Recuadro N.º 5**

H.P. THOMPSON: LAS FUENTES ESCRITAS FUERON CONCEBIDAS CON OTROS FINES QUE LOS DE LOS PROBLEMAS DE LAS HISTORIADORAS Y LOS HISTORIADORES

*La mayoría de las fuentes escritas tienen valor sin demasiada relación con el “interés” que haya movido a registrarlas. Un arreglo matrimonial entre el vástago de un terrateniente y la hija de un mercader en la India oriental en el siglo XVII puede ser origen de una colección substancial de documentos de archivo (...) e incluso –aunque raramente– de un intercambio de cartas de amor. Ninguno de los actores tenía la intención de registrar hechos interesantes para la posteridad. Su intención era unificar y asegurar unas propiedades de unas determinadas maneras (...). El historiador leerá estos materiales y, a la luz de las cuestiones que él plantea, puede extraer de ellos datos relativos a las transacciones de propiedades, a los procedimientos jurídicos (...) a la institución del matrimonio burgués o a las actitudes sexuales, datos que los actores en ningún caso trataban de poner al descubierto (...) (Thompson, 1981: 50).*

A partir de una misma fuente, a partir de un mismo documento, “son las preguntas las que nos permiten hacer una historia de las fortunas o una historia de la movilidad social” (Prost, 2001: 93), para citar un ejemplo. Los documentos, “aun los más claros en apariencia y los más complacientes, no hablan sino cuando se sabe interrogarlos”, declaraba Bloch (1952: 54).

Por supuesto, las fuentes son fundamentales, pues no hay posibilidad de plantear preguntas sin ellas. Y “un buen trabajo de historia debe incorporar todas las fuentes necesarias para ser suficientemente representativo del problema que pretende estudiar” (López, 2013: 6). “Todas”, en nuestra interpretación de lo planteado por el historiador salvadoreño Carlos Gregorio López, no significa que el tiempo sea tan benevolente como para guardarnos todas las evidencias que pudieron existir. Más bien significa partir de que un problema histórico no se puede

valer de un solo documento (Bloch, 1952), y de que el historiador “tiene que intentar que no falte en su cuadro ninguno de los datos conocidos o susceptibles de serlo que sean relevantes en un sentido u otro para el tema que le ocupa o para la interpretación propuesta” (Carr, 1987: 74)

Pero aun con la relevancia que tienen las fuentes, jamás se podrá tener una actitud de sumisión frente a los documentos, esperando que de estos venga la inspiración (Bloch, 1952). Algunos enfocan la cuestión de la actitud hacia el “documento bruto” como una relación de desconfianza, en la cual un análisis “de tipo científico” es el que debe predominar. Vi-lar (1999) señala: “(...) hay que desconfiar de los documentos brutos, de las supuestas experiencias vividas, de los juicios probables y relativos. Para hacer un trabajo de historiador no basta con hacer revivir una realidad política, sino que debe someterse un momento y una sociedad a un análisis de tipo científico” (22). En este tipo de análisis, la teoría es una herramienta fundamental.

UCR  
Ejemplar sin  
valor comercial

#QuedateEnCasa



EDITORIAL  
UCR

Ejemplar sin  
valor comercial

## ◆ 8 ◆

## De los conceptos y su papel en la interpretación de los acontecimientos

La “evidencia es recibida por el historiador dentro de un marco teórico”, nos anuncia Thompson (1981: 37-38) en su *Miseria de la Teoría*. La teoría nos brinda un conjunto interrelacionado de conceptos que son “abstracciones con las que los historiadores comparan la realidad” (Prost, 2001: 143). Los conceptos son “categorías generales” como las de “clase, ideología, estado-nación, feudalismo, etc.”. Poniendo como ejemplo los conceptos empleados en el materialismo histórico, Thompson (1981) señala que estas categorías sirven “para la investigación de procesos, para el examen de hechos”, y para “el manejo de datos empíricos” (74).

Los conceptos históricos son construidos “a través de una serie de generalizaciones sucesivas de los fenómenos que se estudian” (Prost, 2001: 138). Los rasgos en ellos definidos derivan del conocimiento empírico, así como de la lógica (Thompson, 1981). El concepto de “ciclo de desarrollo familiar” enunciado por Thompson puede ilustrar lo dicho. Veamos el siguiente recuadro:

**Recuadro N.º 6**

E. T. THOMPSON: EL CONCEPTO DE CICLO DE DESARROLLO FAMILIAR

*El concepto del ciclo de desarrollo familiar propone una particular secuencia en tres generaciones dentro de la misma unidad familiar campesina, modificada por las condiciones particulares de tenencia de la tierra y por el régimen de herencias. Estos conceptos, que resultan de la generalización por la lógica a partir de muchos ejemplos, son aplicados a los datos empíricos no como "modelos" sino más bien como "expectativas". No imponen una regla, sino que activan y facilitan la interrogación de los datos, aunque a menudo se descubra que cada caso diverge, en tal o cual aspecto, de la regla. El dato –y el acontecimiento real– no es regido por una regla, pero no podría ser comprendido sin la regla a la que ofrece sus propias irregularidades (Thompson, 1981: 77).*

Nota aclaratoria del autor de este ensayo: el dato es la construcción intelectual que el historiador realiza del "acontecimiento real".

Así, al igual que el concepto de "ciclos de desarrollo familiar", el concepto de "realeza" elaborado por la disciplina de la historia ha sido "destilado (...) del estudio de muchos ejemplos de realeza en sociedades muy diferentes" (Thompson, 1981: 37-38).

Ahora bien, como ha señalado Reinhart Kosellek, citado por Prost (2001), existen dos planos conceptuales:

*Cualquier historiografía se mueve en dos planos: o investiga los estados de cosas que ya fueron articulados lingüísticamente con anterioridad, o reconstruye estados de cosas que no se articularon antes lingüísticamente, pero que pueden ser elaborados con ayuda de determinados métodos y deducciones de indicios (135).*

De esta manera, al primer caso pertenecen las expresiones de época que muchas veces designan, con su propio nombre, "realidades que hoy en día carecen de equivalente", sirviendo como "acceso heurístico para concebir la realidad pasada". En el segundo

caso, se trata de conceptos extraños al tiempo que se estudia y que se busca adaptar a esa época. Debe tenerse en cuenta que “el historiador formula sus preguntas con conceptos que son propios de su tiempo y los utiliza desde la sociedad en la que vive” (Prost, 2001: 136). Al no corresponder a la época que se estudia, el historiador corre el riesgo de caer en el anacronismo (Prost, 2001: 135-136). El anacronismo, desde esta disciplina, se produce cuando los seres humanos del presente les conferimos a los seres humanos del pasado nuestros prejuicios y pasiones personales. Esto conduce a una inadecuada explicación de la manera de sentir y pensar de aquellas personas del pasado, debido a que les trasladamos un bagaje cultural y una serie de condiciones materiales presentes que, por definición, no existían.

Pero siempre hay que tomar en cuenta que existe una divergencia entre la realidad y el concepto que sirve para comprenderla: “El concepto no es la cosa, sino el nombre con el que se la designa, su representación” (Prost, 2001: 149). Se procede midiendo la distancia que consiste entre los rasgos del concepto y la cosa, y a la inversa.

Georges Duby (1992) nos invita a desconfiar de las teorías, en la medida en que pueden limitar nuestra mirada de los documentos. Y aunque, según él, debería abordarse estos documentos “libre de toda idea preconcebida”, el mismo autor reconoce que en sus propias investigaciones siempre ha llevado consigo un marco conceptual. Su solución es servirse de las teorías “con total libertad”, como se aprecia en el recuadro que, a continuación, retoma las palabras del historiador:

**Recuadro N.º 7****GEORGES DUBY: LA TEORÍA COMO UNA HERRAMIENTA MÁS**

*Desconfío de las teorías. Aconsejo encarecidamente a mis colegas que desconfíen (...). De hecho, definiendo que, para no desvirtuar el contenido de los documentos que analiza, el historiador debería*

*Continúa en la siguiente página...*

*abordarlos libre de toda idea preconcebida. Tal libertad ya he dicho que es inaccesible. Y sé muy bien que **mis investigaciones, desde el instante que las emprendí, se han llevado a cabo en un marco conceptual.** Dicho marco estaba construido a partir de mi experiencia de geógrafo y de la lectura de los Annales, es decir, de la idea de que la sociedad es un sistema cuyos elementos son solidarios y están articulados (...). [En] La arquitectura de Guerreros y campesinos (...) uso, por ejemplo, un modelo, el de lucha de clases, que Marx había forjado observando la sociedad de su tiempo. Pasando por alto la diferencia de siglo, osé proyectarlo sobre un sistema social totalmente diferente al del siglo XIX. Y esta proyección arbitraria fue muy eficaz, justamente porque su transferencia revelaba las discordancias y la inadecuación del modelo, y eso me ayudó a percibir con mayor claridad las características y los mecanismos propios del señorío. **Así es como me sirvo de las teorías, con total libertad, como una herramienta más** (Duby, 1992: 89, el énfasis es mío).*

Servirse con libertad de la teoría, utilizarla como una herramienta más, es dar paso a la creatividad. Los conceptos de la teoría presentan muchas ventajas adicionales: sirven para ordenar lo real, aunque sean imperfectos, incompletos y desiguales, para reflejarlo. Sirven, además, para nombrar las realidades, así como para “hacer decir al pasado su especificidad y su significado” (Prost, 2001: 151). No menos importante es que permiten “una economía de descripción y análisis”.

Debe tenerse en cuenta que los conceptos no solo se refieren a observaciones empíricas, sino que también descansan en los razonamientos del historiador (Prost, 2001), que nunca deja de ser parte activa y creativa en el proceso de dar sentido al dato empírico.

## ◆ 9 ◆

## La obsesión por los orígenes

Para Bloch (1952), un elemento característico de la “tribu de los exploradores” radica en lo que llamó “la obsesión por el origen”, es decir, por la causalidad. Para E. P. Thompson (1981), por ejemplo, darle un “sentido” al pasado es parte de recuperar un proceso y “mostrar cómo aconteció realmente la secuencia causal” (72), eso sí, hasta donde la disciplina lo permita.

Una variación de este supuesto lo tienen historiadores como Prost (2001) quien, siguiendo a P. Lacombe, sostiene que “la historia se remonta desde el efecto a la causa, mientras que la ciencia descende desde la causa al efecto” (179). Ello en la medida que la historia logra observar únicamente los efectos “e intenta remontarse a las fuentes”. Es lo que se llama “retro-dicción” (179).

Adicionalmente, la historia, en la perspectiva de Prost (2001), es “contrafactual” (183). Es decir, en la búsqueda de la identificación de causalidades, lo que le queda al historiador es “viajar al pasado con la imaginación y plantearse la hipótesis de si el desarrollo de los acontecimientos habría sido el mismo en el caso de que tal o cual factor, considerado aisladamente, hubiese sido diferente” (183). El procedimiento consiste en interrogarse sobre las distintas causas, “suponerlas diferentes e

intentar imaginar entonces la evolución que habría seguido” (Prost, 2001: 185). Esta es una “experiencia imaginaria” que representaría la única forma de identificar, desenredar, sopesar y jerarquizar las causas.

En cualquier caso, para Bloch (1952) “un fenómeno histórico nunca puede ser explicado en su totalidad fuera del estudio de su momento” (32), lo cual no significa que el pasado sea totalmente inútil para explicarlo.



# ◆ 10 ◆

## ¿Existe la objetividad y la imparcialidad en la historia?

Otra de las discusiones que suelen estar asociadas a la cientificidad de un área de conocimiento es la de la objetividad. Para el filósofo polaco Adam Shaff (1974), la “objetividad pura es una ficción” (338), pues la subjetividad es parte del conocimiento histórico por el mismo hecho de que es parte del sujeto que conduce el proceso de conocimiento. Sin embargo, para él, hay dos subjetividades: la “buena”, que procede de la esencia del conocimiento debido al papel activo del sujeto en el proceso de conocer, y la “mala”, es decir, la “subjetividad que deforma el conocimiento debido a factores tales como el interés, la parcialidad, etc. La ‘objetividad’ [en definitiva] es la diferencia entre la buena y la mala subjetividad, y no la eliminación de la subjetividad” (Shaff, 1974: 338).

Por otra parte, tampoco se podría exigir a quien participa de la ciencia histórica “la imparcialidad en el sentido estricto del término” (Shaff, 1974: 339). Para Shaff, el único que tiene el carácter de imparcial es el hecho histórico que el historiador estudia. Los juicios de mayor imparcialidad, de mayor profundidad y fundamento, son posibles cuando nuevos historiadores vienen y logran colocarse en una “posición aún más elevada”, con un horizonte más amplio (1974: 339).

La cuestión de la imparcialidad tiene un importante matiz en la propuesta del también marxista E. P. Thompson (1981). Para él, se puede recuperar una secuencia causal de lo que “aconteció realmente” (72), operación que requiere “mantener nuestros propios valores en suspenso”. Sin embargo, a diferencia de lo planteado por Shaff (1974), no se trata de que las nuevas generaciones de historiadores tengan la capacidad de ser más imparciales. Más bien, según Thompson (1981), “una vez recuperada esta historia, quedamos en libertad para expresar nuestros juicios sobre ella” (72). Los juicios emitidos están en correspondencia con los materiales que el historiador recoge. Teniendo en cuenta lo expuesto, podemos “identificarnos con ciertos valores defendidos por actores del pasado y rechazar otros” (Thompson, 1981: 72). Aunque esto no cambie nada en el pasado, hace que la historia tenga sentido para nosotros. Además, los valores con los que juzgamos el pasado son aquellos que defendemos y tratamos de afirmar en nuestro presente.

Lo recién dicho nos lleva a nuestro siguiente tema: la cuestión de la historia hecha desde las preocupaciones del presente.

Ejemplar sin  
valor comercial

# ◆ 11 ◆

## ¿Y a mí qué con la historia? Todo. La historia se hace desde las preocupaciones del presente, de mi presente

Muchas veces, los historiadores de varias generaciones vuelven continuamente sus preguntas sobre los mismos acontecimientos. De ahí que se haya planteado, también muchas veces, ¿por qué reescribimos continuamente la historia?, ¿por qué cada generación se ve en la necesidad de hacerlo?

Adam Shaff (1974) sostiene que las diferentes opiniones que se han emitido en esta materia pueden reducirse a dos concepciones diferentes: “1) la reinterpretación de la historia está en función de las necesidades variables del presente; 2) la reinterpretación de la historia está en función de los efectos de los acontecimientos del pasado que suceden en el presente” (324).

Shaff (1974) defiende la segunda interpretación, pues a su juicio, “los efectos nuevamente surgidos obligan a contemplar de nuevo los acontecimientos, a captarlos de otro modo, a situarlos de modo diferente en el contexto de la totalidad” (329). Propone que es posible tener una mejor visión de la historia “con la perspectiva del tiempo” (329), una vez que se han revelado los efectos de los acontecimientos. Cuando eso sucede, es posible “emitir juicios más íntegros y más profundos” (329).

Otros autores tienen versiones de la primera concepción rechazada por Shaff, sin que por ello podamos decir que nieguen la importancia de los efectos de los acontecimientos del pasado en el presente. Lucien Febvre (1974), por ejemplo, sostiene que el pasado no se impone (“no obliga”, en palabras de este autor) en el sentido que los seres humanos no se acuerdan del pasado, no lo conservan “en su memoria”, sino que lo reconstruyen. Lo que los seres humanos hacen es partir del presente y a través de él siempre conocer e interpretar el pasado.

En la versión de Carr (1987), “solo podemos captar el pasado y lograr comprenderlo a través del cristal del presente. El historiador pertenece a su época y está vinculado a ella por las condiciones de la existencia humana” (70). Parte del fundamento de dicha cuestión es que, lo mismo que las demás personas de su tiempo, las historiadoras y los historiadores son “un fenómeno social, producto a la vez que portavoz consciente o inconsciente de la sociedad a que pertenece[n]” (82). Y en tanto seres sociales de su tiempo “se enfrenta[n] con los hechos del pasado histórico” (82). De ahí que la historia que las historiadoras y los historiadores escriben está precedida por esta determinación y que la respuesta a la pregunta ¿qué es la historia? tiene que reflejar su posición en el tiempo y en la sociedad que viven (Carr, 1987).

Por eso, al juzgar a Ranke, cuando en la década de 1840 apuntaba que la tarea de quien hace historia era “solo mostrar lo que realmente aconteció” (Carr, 1987: 51), deberían decirse, al menos, tres cosas. Primera, que se encontraba “en legítima protesta contra la historia moralizadora” (51) que lo precedía, señala Carr (1987). Segunda, que “en conjunto, los historiadores decimonónicos estaban de acuerdo con él” (51). Tercera, que el esfuerzo de Ranke y compañía por hacer de la historia una disciplina científica será retomado por las nuevas formas de hacer historia, herederas de la modernidad. En definitiva, tanto como para Ranke, como para quienes estuvieron antes y después de él, no era posible captar el pasado sino a partir del cristal de su presente.

Thompson (1981) igualmente defiende que la historia, entendida como “la suma de los productos de la investigación histórica” (70), estará en constante cambio en tanto cambian las preocupaciones de cada generación “o, por así decirlo, de cada sexo, de cada nación, de cada clase social” (70). En nuestro tiempo, por ejemplo, los análisis que sostienen una crítica a las visiones androcéntricas –es decir, que piensan que los varones son el centro del mundo– parten de una visión que cuestiona las formas en que tradicionalmente se ha considerado a mujeres y hombres en la historia (Scott, 1996). En palabras de Thompson (1981):

*Una historiadora feminista dirá, o debería decir, que tal libro de historia es erróneo no porque haya sido escrito por un hombre, sino porque su autor ha omitido datos contiguos o ha planteado preguntas conceptualmente inadecuadas: de ahí que se haya impuesto a las respuestas un ‘sentido’ o una tendenciosidad masculina (71).*

Sobre los límites que tienen las historiadoras y los historiadores al leer el pasado, y sobre cuán maleable es lo que aconteció, autores como Thompson y como Bloch han hecho una distinción que debemos destacar: una cosa es la interpretación que el historiador hace del dato, y otra, es la existencia real e inmodificable del hecho, independientemente del historiador o la historiadora y de su interpretación. Así, según Thompson (1981), cualquier interpretación “no supone, ni mucho menos, que los acontecimientos pasados en sí mismos cambian con cada interrogador, ni que los datos empíricos son indeterminados” (70). En este sentido, “El objeto real se mantiene unitario (70). En palabras de Bloch (1952): “El pasado es, por definición, un dato que ya nada habrá de modificar. Pero el conocimiento del pasado es algo que está en constante progreso, que se transforma y se perfecciona sin cesar” (49).

En este marco, y con estos límites, es posible una repetida revisión de las mismas fuentes, no solo porque se busque nueva información, sino porque se les formula nuevas preguntas (Thompson, 1981).

Dicha idea es consistente con lo que, para Carr (1987), es la función del historiador. Para el autor, esta función no era “ni amar el pasado ni emanciparse de él, sino dominarlo y comprenderlo, como clave para la comprensión del presente” (71). Si cada presente es, por definición, distinto de sus predecesores, dominar el presente requiere de nuevas preguntas en concordancia con las preocupaciones de cada momento. Todavía más, el historiador solo “resucita” algunas de las partes del pasado, aquellas “que tienen valor para el ideal al que sirve la historia, y en un momento concreto” (Febvre, 1974: 33).

La importancia que tiene el presente para la comprensión del pasado va aún más allá, cuando se considera que “la explicación del pasado se funda sobre las analogías [es decir, por una relación de semejanza] con el presente”, señala Prost (2001: 167). En tal dirección:

*Solo por su semejanza con nuestro yo comprendemos a otros (...) si el otro fuera absolutamente desemejante, extraño en ciento por ciento, no se ve cómo sería posible su comprensión (...), no puede haber conocimiento de otros más que si yo me esfuerzo en ir a encontrarlos (Marrou citado por Prost, 2001: 168).*

No perdemos de vista que, si bien es por su semejanza con los hombres y mujeres que son contemporáneos al historiador que se comprende a ese otro en el pasado, el esfuerzo del historiador se orienta a ponerse en el lugar de ese otro, *en el pasado*. Esto significa tratar de ponerse en su tiempo, pensar con su mentalidad, sentir con su sensibilidad, juzgar según sus criterios. Significa, según Prost (2001), ubicarnos en una forma de complicidad con el otro. Ello, sin embargo, lleva a discutir sobre los “límites morales de la comprensión histórica” (170). Es decir, ¿podría comprenderse a alguien como Hitler, sin llegar a justificarlo? Algunos consideran que no, pues resulta imposible para una persona con ciertos valores llegar a identificarse. Esto es, ciertamente, discutible.

De cualquier manera, un gran esfuerzo por ponerse en el lugar del otro no garantiza llegar a ser ese otro, pues “la historia es repensar, reactivar la reacción presente del historiador frente a cosas que fueron pensadas y experimentadas antes, frente a actos de otros. Haga lo que haga, el historiador no sale de sí mismo” (Prost, 2001: 172).

En suma, cuando una historiadora o un historiador escriben historia, lo están haciendo desde el presente. Al ser un hijo de su tiempo, se formula preguntas que son propias de su época, de la sociedad que le condiciona, de las relaciones en las cuales se encuentra atrapado. Estas preguntas son, en tal sentido, también de usted, estimada lectora y estimado lector. Tienen que ver con la forma en que la sociedad, su sociedad, se relaciona con el pasado y lo interroga.

EDITORIAL  
UCR  
Ejemplar sin  
valor comercial

#QuedateEnCasa



EDITORIAL  
UCR

Ejemplar sin  
valor comercial

## ◆ 12 ◆

**A manera de conclusión:  
de cómo para comprender  
el pasado es necesario comprender  
el presente (o del compromiso  
con nuestro presente)**

Lo anterior nos lleva a nuestro último apartado, el cual tiene en su centro un llamado al compromiso con el presente, si es que se quiere comprender el pasado. Como suele decirse, la comprensión del presente parte de la comprensión del pasado. Sin embargo, igualmente relevante es esforzarse por comprender el pasado sabiendo del presente. Aquí radica parte de la “facultad de captar lo vivo” que es “la cualidad dominante del historiador” (Bloch, 1952: 38).

Para Bloch (1952), el conocimiento del presente es básico para la comprensión del pasado en tanto “el camino natural de toda investigación es el que va de lo mejor conocido o de lo menos mal conocido [es decir, según Bloch, el presente que vivimos], a lo más oscuro” (39). Esta crítica se dirige a quienes piensen que la investigación histórica sigue el orden en el que sucedieron los acontecimientos. Mayor provecho se sacará si comenzamos a leer el movimiento de la historia “al revés”, utilizando un método “prudentemente regresivo” (Bloch, 1952: 39-40).

Esta defensa de la historia como algo vivo nos debe alejar de la imagen de las historiadoras y los historiadores como seres ermitaños, metidos en sus documentos, en profundos y oscuros cubículos sin contacto con su presente. Es cierto, esto suele ser parte del oficio pero, como hemos anotado a lo largo de este ensayo, muchos de los historiadores han hecho del desarrollo de la disciplina una herramienta útil para su compromiso político.

Cada uno de ellos practicó su propio compromiso con las herramientas que le otorgaba su tiempo, o contribuyó con la construcción de otras. Su común denominador fue interrogarse sobre el pasado a partir de las condiciones apremiantes de su presente. Walter Benjamin –filósofo alemán de origen judío que murió en 1940 huyendo de los nazis– propone leer el pasado no desde el presente sino desde el porvenir. Según ha interpretado Ana María Martínez (2005: 175-176), para dicho autor: “(...) el pasado exige a cada nueva generación una adecuada cantidad de fuerza mesiánica para proponer y cumplir promesas, será solo la tradición de los oprimidos, es decir la memoria, la que nos enseñará el nuevo concepto de historia que podemos proponer a las nuevas generaciones, y por supuesto, la nueva definición de libertad”.

¿En qué consiste nuestro compromiso con nuestro tiempo?, ¿cómo llevarlo a la práctica?, ¿con qué futuro soñamos? Estas son preguntas que corresponde a cada uno y a cada una responder. Pero, desde la perspectiva de quien escribe, haciendo eco de tan formidables pensadores, una parte de la respuesta se encuentra en la pregunta sobre la propia historia.

◆ BIBLIOGRAFÍA ◆

- Acuña, V. (2007). *Historia e incertidumbre*. Cuadernos de Historia de la Cultura 22. San José, Costa Rica: Editorial UCR.
- Bloch, M. (1952). *Introducción a la historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Brecht, B. (1998). *Poemas y canciones*. Madrid, España: Alianza Editorial.
- Braudel, F. (1970) *La historia y las ciencias sociales*. 2.<sup>a</sup> ed. Madrid, España: Alianza Editorial.
- Carr, E. (1987). *¿Qué es historia?* México: Ariel.
- Darnton, R. (1987). *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Dosse, F. (2003). *La historia: conceptos y escrituras*. Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.
- Duby, G. (1992). *La historia continúa*. Madrid, España: Editorial Debate.
- Febvre, L. (1974). *Combates por la historia*. 4.<sup>a</sup> ed. Barcelona, España: Ariel.
- Hobsbawm, E. (1998). *Historia del siglo XX*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Crítica.
- Hobsbawm, E. (1983). *Marxismo e historia social*. Puebla, México: Universidad Autónoma de Puebla.

- Huizinga, J. (1946). *El concepto de la historia y otros ensayos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Iggers, G. (1995). *La ciencia histórica en el siglo XX*. Barcelona, España: Editorial Labor.
- Kaye, H. (1989). *Los historiadores marxistas británicos un análisis introductorio*. Zaragoza, España: Prensas Universitarias.
- López, C. (2013). La construcción del relato histórico: fuentes, narrativa e imaginación. *Revista La Universidad*, Universidad de El Salvador, 21, 159-69. Consultado el 4 de septiembre de 2013, de [http://www.academia.edu/2901803/La\\_construccion\\_del\\_relato\\_historico\\_fuentes\\_narrativa\\_e\\_imaginacion](http://www.academia.edu/2901803/La_construccion_del_relato_historico_fuentes_narrativa_e_imaginacion).
- Malavassi, A. (2006). Prólogo: Un debate necesario. En: A.P. Malavassi. *Historia: ¿ciencia, disciplina social o práctica literaria?* (pp. ix-xiii). San José, Costa Rica: Editorial UCR.
- Martínez, A. (2005). Memoria e historia. En: B. Echeverría (Comp.). *La mirada del ángel. En torno a las Tesis sobre la historia de Walter Benjamin* (pp. 171-192). México: UNAM-ERA.
- Prost, A. (2001). *Doce lecciones sobre la historia*. Madrid, España: Ediciones Cátedra.
- Quesada, J. (1989). Historiografía: elementos para su estudio. En: E. Fonseca (Comp.), *Historia: teoría y métodos* (pp. 265-302). San José, Costa Rica: EDUCA.
- Sánchez, S. (2005). ¿Y qué es la historia? Reflexiones epistemológicas para el profesorado de secundaria. 2.<sup>a</sup> ed. Madrid, España: Siglo XXI.
- Scott, J. (1996). El género: una categoría útil para el análisis histórico. En: M. Lamas (Comp.). *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual* (pp. 265-326). México: PUEG.

Shaff, A. (1974). *Historia y verdad. Ensayo sobre la objetividad del conocimiento histórico*. México: Editorial Grijalbo.

Thompson, E. (1981). *Miseria de la teoría*. Barcelona, España: Editorial Crítica.

Vilar, P. (1999). *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*. 6.ª ed. Barcelona, España: Editorial Crítica.



#QuedateEnCasa



EDITORIAL  
UCR

Ejemplar sin  
valor comercial

## ◆ ACERCA DEL AUTOR ◆

Mauricio Menjívar Ochoa, labora en la Escuela de Estudios Generales de la Universidad de Costa Rica, donde es profesor de Historia de la Cultura. Es bachiller en Sociología, máster en Ciencia Política y doctor en Historia por la misma universidad.

Entre sus principales intereses de investigación están la guerra civil en El Salvador, los movimientos sociales, los procesos de colonialidad sobre el pueblo bribri de Costa Rica y la historia de las masculinidades. Ha sido facilitador de procesos de interaprendizaje sobre paternidad, violencia de género, sexualidad, homofobia, construcción de la identidad masculina y estudios sobre la masculinidad, con hombres campesinos y jóvenes, así como con funcionarias y funcionarios públicos de diversas instituciones; entre ellas: el Ministerio de Educación Pública, el Poder Judicial, la Caja Costarricense de Seguro Social, el Ministerio de Salud, el Ministerio de Seguridad, la Municipalidad de Moravia, el Instituto Nacional de Aprendizaje y el Instituto Nacional de las Mujeres.

La licencia de este libro se ha otorgado a su comprador legal.

Valoramos su opinion. Por favor  
[comente esta obra](#)



Adquiera más de nuestros  
libros digitales en la [Librería UCR virtual](#)

LIBRERÍA  
UCR  
  
VIRTUAL



La historia aprendida en los estudios primarios y secundarios suelen presentarse casi como una penitencia: la memorización de una interminable cantidad de fechas, jefes de Estado y mandatarios que aparecen, con sus propias manos, haciendo la historia.

Apartándose de esta forma de comprender la historia, el presente ensayo procura mostrar una parte de la lógica de la elaboración del discurso científico emprendido por las historiadoras y los historiadores. Se trata de mostrar la disciplina desde dentro, como quien entra en el taller de quienes la escriben para conocer sus herramientas.

El ensayo introduce algunos aspectos discutidos por algunos de los historiadores occidentales del siglo XX, y que ya forman parte de la práctica de hacer historia, entre ellos: su objeto de estudio, la importancia del cambio, la forma en que se construye el hecho histórico, la manera en que se siguen las huellas del pasado, la historia como problema –y no como simple narración–, la relevancia de la teoría y de la interpretación.

En fin, la intención de este trabajo es que las lectoras y los lectores tengan una noción general e introductoria sobre la forma en que se hace esta ciencia.

